
LOS ORIGINES DE MI OBRA (*)

I. Adolescencia protegida de un joven científico. – El encuentro con M. Portal me abre a la vida espiritual y me hace descubrir algunas cuestiones capitales. – Intelección de la crisis modernista y de sus consecuencias, todavía actuales. – Poner en el centro de mi vida una búsqueda espiritual auténtica y rigurosa. – Optar por un acercamiento existencial que evite las trampas del pensamiento abstracto.

II. A propósito de algunas exigencias y riesgos de la reflexión crítica. – Perseverar hasta el final en este camino, obra de mi vida. – Llegado a la edad adulta, tuve que buscar otra forma de pensar y de “practicar” el cristianismo para poder continuar vinculado a él verdaderamente. – Compartir con otros, por medio de palabras verdaderas y de pensamientos justos, la búsqueda de lo esencial.

III. Para un enfoque crítico de la historia de la Iglesia y principalmente de los concilios. – Condiciones para una verdadera actividad de pensamiento. – Relaciones ambiguas de la Autoridad con el investigador. – Del devenir de la inteligencia libre. – Del abismo inviolado entre el saber adquirido y lo real buscado por la inteligencia. – Autodestrucción del espíritu engendrada por el miedo. – Vanas resistencias de las sociedades a los avances de la investigación.

IV. Favor hecho al ejercicio del pensar por la autocrítica que las ciencias hacen de sí mismas y de sus métodos. – Impacto en la vida espiritual de las evoluciones en el pensamiento y de los cambios en el comportamiento inducidos por la modernidad. – Dificultad del retroceso de las Iglesias y del discernimiento que éstas deben realizar continuamente. – Iniciativas a las que algunos cristianos son llamados y nueva mirada sobre la universalidad de la Iglesia en el futuro.

(*) Este texto se publicó como capítulo II de: Marcel Légaut, *Vie Spirituelle et modernité (entretiens ultimes avec Thérèse de Scott)*, París, 1992, págs. 32-64. Ver más datos en la Presentación del *Cuaderno*.

I

M. Légaut: Comienza usted por preguntarme quién soy, lo cual no me sorprende porque me han hecho esta misma pregunta muchas veces en los encuentros que tengo a menudo con grupos de lectores que quieren conversar conmigo acerca de mis libros. Por otra parte, además de que mi respuesta siempre será incompleta por definición, es imposible que conteste a su pregunta sin antes abordar otra cuestión que con frecuencia me planteo no sin asombro y que es ésta: ¿cómo he podido escribir, a lo largo de mi vida y sin que mi situación me llevara a ello, una obra bastante considerable y sobre temas, además, para los que en absoluto estaba preparado ni por la educación y la instrucción, ni por el ambiente familiar y social, ni por la profesión, que escogí deliberadamente muy pronto en mi juventud, y para la que me preparé de forma desgraciadamente casi exclusiva, dejando de lado cualquier otro interés?

Mis libros son, por tanto, fruto de una vida a primera vista poco favorable para ellos. Mi historia, si se la considera desde fuera, es como una sucesión de fases harto diferentes: una carrera universitaria bastante larga, interrumpida y sustituida por una vida absorbente de campesino, seguida por el periodo actual, en que circulo ocasionalmente de grupo en grupo. Y, por tanto, parece privada de la orientación estable que suele favorecer y posibilitar una perseverancia digna éxito.

Adolescencia protegida de un joven científico

Como sólo comprendí más tarde, mi educación transcurrió sin contrariedades y de forma muy protegida en el seno de una familia relativamente cerrada, efecto del origen campesino de mi padre que llegó a ser profesor de matemáticas gracias a su tenacidad. Los horizontes de esta educación fueron los estrechos límites de unas relaciones casi exclusivamente reducidas al círculo de las preocupaciones cotidianas más comunes. Por otra parte, mi instrucción, que mi padre cuidaba especialmente, fue rigurosamente científica. Mi formación transcurrió, en la práctica, ajena al resto de la cultura, hasta el punto

de que mi tendencia espontánea fue la de desdeñar y descuidar los otros ámbitos de ésta. Mi educación religiosa, inspirada secretamente por la presencia silenciosa de mi madre, fue conforme a los métodos propios de aquella época, y se redujo a unos conocimientos más sabidos que comprendidos y a unas prácticas más observadas que vividas realmente.

Sin embargo, sin yo saberlo, por debajo de una estricta regularidad ética que provenía sobre todo de un conformismo social teñido de jansenismo, gracias a algunos movimientos interiores más personales –debidos en parte a la pubertad y al despertar del corazón–, algo se preparaba en mí, en lo íntimo, que me llevaba a distanciarme, en cierto modo, de mi medio de origen. Como adolescente ya tendía a distanciarme por una inclinación natural al aislamiento, a la que habría que añadir una cierta misantropía, ambas fruto de mi timidez. Así fue como surgieron, en lo más secreto de mí, unas disposiciones que con el tiempo me llevaron a un encuentro inusualmente profundo con un sacerdote. Él entró en mi vida sin yo buscarlo especialmente, y justo en la edad juvenil en que el futuro se anuncia y se dibuja en la conciencia en cuanto a lo esencial, aunque con los medios entonces disponibles para imaginarlo, que suelen ser muy limitados. Hora tanto más decisiva por cuanto la generosidad no se niega a nada al comienzo, máxime cuando ni siquiera sospecha cómo es la vida en realidad.

*El encuentro con M. Portal me abre a la vida espiritual
y me hace descubrir algunas cuestiones capitales*

M. Portal empezó a abrirme a la vida espiritual. Hasta entonces yo sólo había conocido –aunque no sin fervor, por supuesto– la adhesión aporoblemática al catecismo y la vida de simple moralidad, que consiste en obedecer a la moral y a la práctica de culto en un clima de respeto hacia lo absoluto. Todo esto, aunque suele quedarse en el plano del mero comportamiento, puede aportar, sin embargo, algún fruto en lo íntimo. Por otra parte, hasta entonces, la Iglesia católica romana me había parecido evidente de por sí: sociedad de origen divi-

no desde sus comienzos –tal como se me había enseñado– y fundada por Jesús mismo antes de morir, había recibido de él las bases de su Institución, justo cuando estuvo de nuevo con sus discípulos antes de su Ascensión... Nunca antes de entonces me había planteado ninguna pregunta al respecto y sólo había visto a la Iglesia a través de la rutina de una parroquia anodina, sin prestar mayor atención al tema. Fue M. Portal quien me hizo entrever la realidad espiritual de la Iglesia como comunión de fe que logra desplegarse a través de las épocas aunque por el camino, por razón de su organización empírica, tome a veces atajos extremos en los que lo peor no deja de estar presente.

M. Portal se dedicó con discreción a abrir mi vida religiosa y a ensanchar mi vida espiritual. Lo hizo, más que por lo que me decía, por lo que había llegado a ser –y que yo adivinaba– al dedicarse por completo a la Iglesia pese a los obstáculos y sufrimientos que había encontrado. Lo que me decía seguía teniendo un tono muy clásico, tal como comprendí más tarde. A decir verdad, mi formación catequética y mi espíritu de una pieza no me hubieran permitido escuchar otra cosa sin plantearme una grave dificultad. No obstante, sus palabras estaban cargadas de su presencia y yo era muy sensible a esto. Con la confianza con que un padre se abre a su hijo espiritual, me hablaba de su vida, tejida de fe y de fidelidad completamente. Evitaba tomar posiciones firmes en los problemas de exégesis y de filosofía que se debatían con pasión en aquellos tiempos de polémicas violentas. A decir verdad, yo no estaba todavía en condiciones de interesarme realmente por aquellas cuestiones tanto por mi juventud como por mi formación sólo científica.

A través de su propia historia, así fue como M. Portal comenzó a despertarme indirectamente a las cuestiones que, en su opinión, eran capitales para el futuro de la Iglesia. Estas cuestiones, pese a su variedad, provienen, en definitiva, de unas exigencias inalienables del espíritu humano que se manifiestan a medida que éste se libera de lo que le pesa y le limita en su ejercicio. M. Portal me despertó a estas exigencias mucho más de lo que en aquel momento pudo llegar a concienciar. Al principio de nuestras relaciones al menos, ¿acaso no

era yo un simple estudiante joven y reservado, un científico silencioso? Es probable que, pese a la amplitud y libertad de sus opiniones intelectuales y espirituales, lo que él me legó y yo he desarrollado a lo largo de la vida me haya llevado más lejos de lo que él hubiera deseado entonces, como creyente de su época que era.

*Intelección de la crisis modernista
y de sus consecuencias, todavía actuales*

Lo que M. Portal desencadenó en mí me ha perseguido sin parar. A medida que mi ahondamiento personal y mi conocimiento de la condición humana me lo permitían o –más exactamente– me conducían e incluso me empujaban a ello, yo me abría a la intelección del drama íntimo al que fueron arrastrados y en el que con frecuencia naufragaron –por lo menos en opinión de muchos– un gran número de hombres de fe que habían hecho del catolicismo romano el centro de su interés y de su vida: seres lúcidos y valientes, ávidos de conocimientos, fervientes por la verdad, exaltados por los horizontes que la ciencia les descubriría, y preocupados por el futuro de la Iglesia, que, de forma decidida y con cuánta arrogancia además, los rechazaba y les daba la espalda precisamente por su apertura. ¿No fue éste el drama de numerosos sacerdotes cuya formación anterior sólo había sido de piedad, estructurada con devociones caídas en desuso, reducida a observar una moral estrecha, un culto sacralizado y una enseñanza de seminario encerrada en los esquemas y mecanismos de una escolástica primaria y rancia, sin ninguna apertura al pensamiento moderno? Esta cultura de circuito cerrado era ajena por completo a la explosión de conocimientos nuevos que entonces amenazaban con hacer vacilar, hasta desmoronarla, la base misma sobre la que ellos habían construido su vida por razón de su propia entrega.

Las crisis íntimas, extremas, de graves consecuencias en todos los órdenes, que padecieron, desesperados y desconcertados, algunos de los más eminentes de este movimiento de fondo –cuyas dimensiones no pueden ser subestimadas–, me hicieron entrar en comunión con el Misterio de la Iglesia que está más allá de su realidad empírica y de

su historia de curso contrastado y perturbado, a veces dramático y siempre improbable por su misma naturaleza. Allí donde un gran número de cristianos, presas del pánico más que inspirados por la fe, no sabían o no querían ver más que excesos del espíritu y del corazón, yo, por el contrario, reconocía, siguiendo a M. Portal, signos precursores que auguraban un segundo nacimiento de la Iglesia después de la gestación lenta y arriesgada de veinte siglos difíciles. Aquellos tiempos de rápida evolución presentía que eran un doloroso y febril alumbramiento de la religión en espíritu y verdad, su advenimiento necesario y fundamental cara al futuro.

Esta religión en espíritu y verdad, llena de interioridad humana, ¿no es la única que puede ser verdaderamente universal bajo una multiplicidad de formas, diversas en extremo, igual que los hombres que sin cesar son distintos y singulares? Loisy y Harnack, Blondel y Laberthonnière, Edouard Le Roy –al que tuve ocasión de tratar en casa de M. Portal–, Monseñor Mignot y el abate Birot, el barón von Hügel particularmente –que me parece que tuvo, a causa de su vasta cultura y de su posición social, pese a ser menos especialista, una visión más intuitiva, más capaz de dominar la situación en todo su conjunto– y muchos otros más, sin llegar a conocerlos verdaderamente, llegaron a ser, de esta forma, para mí, compañeros en la vida de fe, de fidelidad y de búsqueda de integridad en el pensamiento y de autenticidad en la conducta: algo que los cristianos, como el resto, necesitamos para ser verdaderamente adultos; así como lo necesitan las Iglesias que, de lo contrario, a base de cultivar o de tolerar el infantilismo de sus miembros, degenerarán fácilmente o bien en un conservadurismo terco o bien en un oportunismo seductor; comportamientos que consumarán a la larga, cada uno a su manera, el fracaso del cristianismo.

*Poner en el centro de mi vida una búsqueda espiritual
auténtica y rigurosa*

Cuando M. Portal se dirigía a nosotros –jóvenes intelectuales apenas recién salidos del Catecismo–, nos exhortaba a que la religión

no quedase aparte de la vida sino al contrario, que la colocásemos en el centro de nuestro interés y de nuestra búsqueda, con el mismo rango que las áreas del saber en las que nos especializábamos. Para él, los años en la Escuela Normal Superior eran los de nuestra formación; una formación que, no obstante, debíamos continuar durante toda nuestra vida a fin de que nuestro cristianismo fuese consciente y proporcionado a nuestras propias exigencias intelectuales y asimismo a las condiciones nuevas que la Iglesia iba a tener que afrontar necesariamente para cumplir su misión. Cada uno de nosotros respondía a esta llamada según su forma de ser y teniendo en cuenta además que la Iglesia en Francia, en aquella época, o sea, hacia 1920, salía de un cierta situación de persecución y se sentía renacer con el vigor de un volver a empezar... Todo esto fue para mí, como para algunos otros “normaliens”, la ocasión de orientar nuestra vida espiritual y, a veces, toda nuestra vida, algo imprevisible a partir de la familia de la que procedíamos e inesperado dada la carrera a la que nos preparábamos.

No buscar más que el rigor y la honestidad intelectual a medida que la inteligencia se vuelve paulatinamente más exigente bajo el efecto de su propio ejercicio y del aumento de los conocimientos es una regla en el ámbito religioso así como en todos los otros ámbitos del saber. Y ello es tanto más imperioso cuanto que, en este terreno, se trata, fundamentalmente, del hombre y de cosas que son de lo más difícil de delimitar y de lo más sutil de decir pues están muy cerca de lo indiscernible y de lo imperceptible.

Los “hechos humanos” son ciertamente singulares: dependen, más que de la sola materialidad por la que son objeto de conocimiento, del hombre que es su agente y su contenido simultáneamente y, por otro lado, dependen también de quien los capta en su propia realidad porque es su testigo por el hecho de trascender su propio saber acerca de ellos. Los “hechos humanos” exigen que quien intenta acercarse a ellos lo haga con una autenticidad superior a cuando se queda en simple espectador de los mismos.

Para realizar esta búsqueda de lo humano de forma adecuada, no basta con prestarse a ella sino que es necesario darse sin reserva. Si no quiere renegar de sí, el hombre debe ir hasta el final de lo que esta búsqueda le descubre y que afecta a lo que él es fundamentalmente; mantenerse firme a pesar de las consecuencias adversas que eventualmente podrían darse; no pararse en el camino por pereza o por miedo; y no volver sobre sus pasos por escrúpulos o por vértigo. Lo que ciertamente no basta es suscribir sin más, apelando al espíritu de infancia, las evidencias desde siempre unánimes o lo que se enseña con autoridad corrientemente en su entorno.

Donde falta la actividad crítica, falta algo esencial. Imposible vivir plenamente lo que afirmamos si nos contentamos con que nuestra afirmación sea como la de quien presta a ciegas su adhesión a algo. En tal caso sólo se vive la cualidad humana del acto que se hace, no la de lo que se afirma y que debe tener en sí su propio valor. No obstante, ¡cuántas personas viven mejor que piensan! Y, sin embargo, pensar de forma vaga e imprecisa, rozando el hablar por hablar, no deja de tener consecuencias a la larga.

*Optar por un acercamiento existencial que evite
las trampas del pensamiento abstracto*

Todavía podríamos añadir: para tratar adecuadamente las cuestiones que atañen al hombre que yo soy, sin excluir mi profundidad ni mis espesores, debo atribuir personalmente un peso y un sentido apropiado a los términos habituales. Debo llenarlos de mi experiencia de la condición humana y, en especial, de la intelección que, poco a poco, he alcanzado de mi vida y de la del prójimo. De lo contrario, mis palabras procederían sólo del lenguaje general y del pensamiento abstracto, es decir, de la palabrería que ambos posibilitan y de la que a menudo se enorgullecen.

Por eso no hay que contentarse con expresiones que carezcan de precisión dada la inflación de su uso corriente. Más bien hay que evitarlas. Tales expresiones, en efecto, son meras contraseñas vacías de

significado que sirven de expediente ficticio para concluir rápidamente que se está de acuerdo y que hay aceptación entre las partes. “Ortodoxamente” profesadas de forma magisterial y autoritaria durante siglos, repetidas por todos sin haber sido verdaderamente pensadas ni repensadas por nadie, estas formas de decir dan el pego si no se tiene un cuidado muy especial.

Por lo mismo, tampoco debemos limitarnos a quedar satisfechos con las amplias panorámicas de vastos horizontes que, por su carácter grandioso, sobrevuelan los tiempos y los lugares y, de este modo, nos seducen y distraen de la interpelación directa y brutal de los hechos, que nos obliga a reflexionar y nos impide soñar y refugiarnos en la retórica de las consideraciones generales y de las perspectivas ideológicas, incluso teológicas, donde entra más la convicción sistemática que la fe. Más bien hay que dejar de lado, por tanto, todo lo que cortocircuita las laboriosas evoluciones, paso a paso y en la oscuridad, que debe conocer todo espíritu que camina de veras hacia lo que, propiamente, le sale al encuentro silenciosamente, o le llega a través de toques imperceptibles, o le nace bajo sus pies durante su propia marcha. ¿Acaso no debemos proceder así para que nuestro pensamiento sea la savia de nuestro vivir y no el paño con que cubrimos a medias y a veces de forma ridícula? Algunos se arrebujan y se escudan en él, e incluso a veces componen con él su mortaja.

Los acercamientos existenciales a uno mismo y a los demás, y los dichos sobre Dios que surgen de estas exploraciones vitales y aspiran a responder a ellas, exigen investigaciones que hay que hacer con un espíritu de apertura y de crítica tanto mayor cuanto más se avanza. Por eso son búsquedas que deben proseguirse y retomarse incesantemente, y sus conclusiones, reexaminarse siempre. Por su tema –de naturaleza inaccesible– y por lo infranqueable de los límites del universo mental en que el hombre está ineluctablemente encerrado por sus orígenes y su época, los resultados de estas búsquedas jamás serán definitivos ni satisfactorios. Al contrario, estos resultados siempre relanzarán las investigaciones hacia nuevos horizontes tanto para mantener el aura que recibieron cuando su descubrimiento como

para seguir siendo captados en su dinamismo originario sin quedar reducidos a meros conocimientos propios de una época.

II

A propósito de algunas exigencias y riesgos de la reflexión crítica

Este pensamiento activo y vigoroso, riguroso y valiente hasta la temeridad quizá, presto a suscribir todo lo que cree tener que afirmar y resuelto a rechazar todo lo que le parece falso pese a que se admita comúnmente, ¿es acaso posible sin exponer la fe a graves peligros y sin practicar un cierto contrabando respecto de la Iglesia? Por las doctrinas y normas que ésta profesa e impone en nombre de la autoridad divina, ¿acaso no prohíbe ésta, tanto de hecho como por ley, esta reflexión crítica que, sin embargo, es un deber en cualquier otro terreno?

De manera categórica muchas personas sensatas prejuzgan, no sin razón, que los riesgos son reales. Por eso condenan esta libertad sin límites de la inteligencia aunque se revele llena de rectitud, sea intransigente consigo misma y se esfuerce, sin cesar, en criticarse para ser más justa y responder más estrictamente a las laboriosas exigencias de carácter y de rigor que de suyo implica. Con toda razón, estas personas presienten alarmadas la gravedad de los replanteamientos y la importancia de las consecuencias doctrinales –teológicas y éticas– a las que parece conducir esta emancipación del pensamiento respecto de los marcos habituales. Nada menos que en nombre de la fe rechazan, enérgicamente y de entrada, considerar la eventualidad de estos trastornos.

Pero entonces, ¿cómo es que no les preocupa estar poseídos por sus creencias ya que las profesan sin pensar en criticarlas ni menos aún en dudar de ellas? No se dan cuenta de que esas creencias, en lugar de alimentar, limitan: encierran en un mundo donde el lenguaje, por el uso disciplinar impuesto, suplanta al pensamiento verdadero de forma irrisoria. En algún momento les acude alguna vaga con-

ciencia de ello, pero la ahogan rápidamente dado que hacerle caso comportaría graves consecuencias. Pese a sus frecuentes afirmaciones al respecto, ignoran hasta qué punto la fe podría liberarlos y abrirles al devenir auténtico si respondieran de una forma menos pasiva que una obediencia que, frecuentemente, roza la indiferencia cuando no lleva, por el lado opuesto, al sectarismo. En definitiva, confunden, por una especie de extravío de su espíritu, el movimiento de fe con la adhesión a las creencias, o, dicho de otro modo, equivocados por razón de una idolatría espontánea no reconocida, atribuyen a sus creencias un carácter absoluto que de ningún modo corresponde a su impotencia intrínseca para expresar lo inexpresable.

Yo mismo, cuando como dócil y buen creyente me apoyaba al comienzo, a ciegas y sin reservas, en lo que me habían enseñado en el catecismo pues no había alcanzado aún el nivel espiritual y de fe que relativiza las creencias sin por ello negarles la importancia que tienen, ¿no habría juzgado espontáneamente que provenía –esta libertad de pensamiento que digo, a la que ninguna prohibición limita en su ejercicio cualquiera que sea el tema– de un desenfreno del espíritu? Ciertamente, hubiera juzgado que una libertad de pensamiento así era un pecado de orgullo y de espíritu propio, y muchos me lo hubieran confirmado. Con ello, habría sido prudente, y no sin razón, pero me habría equivocado, pues reaccionar así es, en definitiva, ser hombre de poca fe y dejarse llevar sobre todo por el miedo. Actuar así es temer que la razón recta puede quitar toda realidad a la fe porque cuestiona la suficiencia de las expresiones por las que se manifiesta y el acierto de las consecuencias que de dichas expresiones se desprenden; es ignorar que la fe no alcanza su dimensión sin igual hasta que el hombre, empujado a cuestionarla desde fuera y desde dentro, la asegura en su verdad mediante su propia existencia de ser consciente, cuya piedra angular es precisamente esa misma fe.

Ciertamente, no ignoro los riesgos reales de error, tanto en el pensamiento como en la conducta, de estos itinerarios forzosamente personales cuyo destino es ser, por lógica, cada vez más originales y solitarios. Este peligro es especialmente importante en tiempos como los

nuestros en que los progresos del conocimiento y de la técnica hacen bascular las convicciones más seguras y antiguas y las certezas que antes nadie hubiera pensado –ni osado– criticar y cuestionar. Actualmente, sin embargo, el conocimiento de la extrema diversidad de costumbres, culturas y mentalidades, así como de las profundidades humanas y de su devenir, ya no tolera ni que se sostengan a priori ni que se reconozcan a posteriori, en el plano individual o en el social, referencias inmutables y barreras infranqueables que o bien la condición humana habría impuesto en función de su existencia misma, o bien la libre voluntad divina habría dictado en su actividad creadora –explicación antaño unánime en los ambientes de fuerte tradición religiosa.

Cada uno por su propia iniciativa, siguiendo su propia evolución y las cadencias de su desarrollo, con ocasión de las circunstancias de su historia y de los movimientos interiores que las acompañan, debe acabar por encontrar, gracias a lo que sabe percibir y acoger en sí mismo, las normas que impondrá a sus comportamientos, desde los más íntimos hasta los más públicos. Por otra parte, sólo establecidas así las normas es como podrá observarlas verdaderamente, dándose y no sólo prestándose a ellas, cosa que, por otra parte, no podría hacer sino de forma ficticia. El futuro espiritual de cada uno depende de esta inteligencia y de esta fidelidad que deben desplegarse más allá de lo que se puede aprender y ordenar, y más allá también de lo que una sabiduría humana, de tipo general, puede aconsejar. De hecho, las Iglesias, ¿no han progresado, mal que bien y poco a poco, a fuerza de avances y pese a retrocesos, como consecuencia de vidas así: vividas en la fe con decisión, hasta el final, por fidelidad, pese a extravíos y fracasos? Sólo de esta forma alcanzan los hombres el nivel espiritual que, conforme a su época, su misión les exige para permanecer y crecer en el espíritu que fue el de Jesús, y que sigue siendo el de todo hombre que camina hacia de su humanidad.

Perseverar hasta el límite en este camino, obra de mi vida

¡Menudo programa! Todo en mí, mi formación científica, mi carácter y mi juventud, me llevaba hacia este tipo de investigación.

Antes de ser consciente de ello, ya era el camino de mi vida. A pesar de lo recorrido, todavía ignoro dónde me llevará; pero sé a ciencia cierta que es necesario que persevere hasta el final. Cualquiera que sea su desenlace, será en favor del cumplimiento último del trabajo continuo, diurno y nocturno, con frecuencia escondido pero secreta y sutilmente oportuno –tal como he solido comprender pasado el tiempo–, que se realiza en mí y al que debo responder por fidelidad a mí mismo y pese a lo que conlleva de insólito en mi medio, de peligroso o incluso de subversivo para muchos, o también de pretencioso según muchas personas aposentadas y competentes.

Esta búsqueda me ha hecho seguir, a sabiendas y paso a paso, un sendero que no estaba previamente ni trazado ni balizado. Es un camino que conoce las vueltas y revueltas propias de la audacia y sus excesos, a los que les siguen la timidez y los suyos; es una búsqueda que lleva a callejones sin salida de los que, no obstante, hay que salir sin caminar hacia atrás; que adentra en unas pistas que, contrariamente a sus promesas, no conducen a ninguna parte aunque permiten ir a otra parte. Durante esta búsqueda, el espíritu, incesantemente despierto, acoge y recoge, instintiva y casi inconscientemente, todo lo que se le presenta; y conserva, gracias a una atención de la memoria secretamente orientada, todo lo que favorece su marcha actual o la que sólo se sentirá llamado a emprender más tarde.

Desde luego, esta continua y asidua actividad intelectual no remedia mis faltas de preparación, por las que mi obra siempre estará cargada de imperfecciones y de errores que hubieran podido y debido evitarse. Pero, por otra parte, ¿no debo acaso afirmar que, a falta de algunos conocimientos, mal asimilados, y de algunos reflejos, también mal dominados, inherentes a toda formación y que, de alguna manera, siempre pesan sobre la acción, mi espíritu ha podido elevarse más libre y más ligero? Con ocasión de algunas contingencias que le permiten desplegarse, se abre a la actividad creadora a pesar de los límites procedentes de algún tipo de carencia. Por eso prepara los tiempos venideros mejor que el que trabajosamente se esfuerza por reactualizar instituciones y métodos del pasado. Antes

incluso de haber avanzado por este camino y de haber logrado reducir en lo posible la distancia que separa su pensamiento de lo que se confiesa a sí mismo y afirma a los demás, la vida espiritual de este hombre, por el sólo hecho de estar en vías de unificarse, ya se ha transformado. Todas sus actividades ya están invisiblemente marcadas. Una obra de unificación semejante, a despecho de sus tanteos y vacilaciones, de sus imperfecciones e inexactitudes, inspira, a quien es sensible a su calidad, el camino de la autenticidad y de la libertad que le corresponde.

“¿Quién soy yo?”, me ha preguntado usted. Sin duda, el hijo de mi obra, inseparable de mi vida. También mi obra me juzgará. Quiero creer que su fecundidad me justificará en el futuro y que, por su propio dinamismo y línea fundamental, permitirá corregir los errores que todo hombre, por su propia condición temporal, comete fatalmente aunque haya trabajado bien cara al porvenir.

Llegado a la edad adulta, tuve que buscar otra forma de pensar y de “practicar” el cristianismo para poder continuar vinculado a él verdaderamente

No, M. Portal no me hizo la vida más fácil cuando entró en ella con una potencia que provenía, a partes iguales, de lo que él era entonces y de lo que yo debía llegar a ser más tarde. Según mi capacidad de comprender, me desveló lo que él se había ido encontrando a lo largo de su difícil camino, cuando comenzaron a manifestarse y a consolidarse las resistencias de un presente que se aferraba a un pasado milenario y rechazaba las adaptaciones, sin duda considerables, que la Iglesia exigía necesariamente para ser fiel a su origen y a su misión. Para preparar el futuro, proliferaban entonces, en olas sucesivas y potentes, investigaciones de lo más diversas y audaces, sobre temas complejos y de lo más reservados hasta entonces. En cuanto a las intenciones, había de todo: inquietudes pedagógicas, reacciones de prudencia pero también de impaciencia, mentalidad de cuerpo, espíritu de secta. No era sin pasión ni embriaguez tampoco como aquellos hombres se ponían a sondear los abismos.

M. Portal, sin duda estimulado imperceptiblemente por lo que en mí, sin yo saberlo, estaba alerta para explicitarse y actualizarse, animado por lo que juzgaba conveniente para mi formación y –tal como lo veo yo ahora– confirmado, además, por lo que le pedía su propia alegría, me confió lo que él había llegado a ser al hilo de acontecimientos y de situaciones, pues el hombre, en la medida en que se da a fondo en ellos, se alcanza en el centro mismo de su ser y supera así su propia historia. Lo que él me decía entonces dejaba en mí como un eco. Yo comulgaba con él un punto más allá de las coordenadas de espacio y de tiempo en que la historia se desarrolla. Mientras él revivía delante de mí sus recuerdos a la luz de su presente, escucharle era para mí como entrar en mi propio pasado. Así fue como me hizo abandonar –¿acaso no fue un poco queriendo?– los caminos de simple cristiano de parroquia, que nunca plantea problemas y que, por principio pero también por una pereza medio inconsciente, siempre se somete a la autoridad, la aprueba silenciosamente en sus decisiones y la sostiene pasivamente en sus iniciativas.

Liberado de este modo –aunque todavía de forma relativa– de las limitaciones y coacciones debidas a mi primera formación cristiana, me vi introducido, como a pesar mío pero siguiendo la inclinación natural de mi espíritu y la lógica de mi vida espiritual, en una actividad continua de crítica y de creación. Así es como me abrí por completo a las exigencias de la inteligencia en relación con la doctrina; una doctrina que se me había enseñado sin que yo hubiera encontrado por mí mismo, hasta entonces, la menor dificultad en suscribirla; una doctrina que, si nada hubiera sucedido y nadie hubiera intervenido, me habría encerrado dentro de los rígidos esquemas de un pensamiento sistematizado, marcado por un pasado ya terminado, sólo activo en algunos cenáculos anticuados; un pensamiento que, distrayéndome o incitándome a rechazarlas, me hubiera hecho sordo a las llamadas, al comienzo aún indistintas, meras incitaciones e insatisfacciones oscuras, que suben al corazón de todo hombre de fe y de rectitud.

Así es como comencé a buscar una forma distinta de pensar y de practicar mi religión, que me permitiera consagrarme a ella sin reserva (como cuando, en mi juventud, veía a la Iglesia toda pura, santa, apostólica y, en una palabra, divina), pero que no me llevara ni a estar en falso respecto de mi ser, que en aquel momento se fraguaba en mí, ni a distanciarme de mí mismo por una especie de separación; una separación entonces aún apenas presentida indistintamente y a medias consentida por debilidad pero de la que, pese a todo y afortunadamente, ya sentía escrúpulos, a diferencia de lo que sucedía –y aún sucede– a mi alrededor, casi unánimemente. En definitiva, a través de esta búsqueda, yo me esforzaba por adherir, pero con honestidad de espíritu y autenticidad de conducta, a lo que mi Iglesia, invocando la autoridad divina y su infalibilidad, me imponía en nombre de “la obediencia de la fe” igual que hace con todos sin tener en cuenta la diversidad de sus universos mentales, tradiciones, necesidades y posibilidades.

Un proyecto así, marcado por la rectitud y la verdad, todos los creyentes hubieran tenido que compartirlo. No obstante, una preocupación así, desgraciadamente, es rarísima incluso entre los que son más lúcidos consigo y exigentes con su forma de ser. Las Iglesias pagan muy caro las consecuencias de esta rareza y escasez, de las que, por otra parte, ellas son las responsables y quizá deliberadamente.

Compartir con otros, por medio de palabras verdaderas y de pensamientos justos, la búsqueda de lo esencial

Así es como, poco a poco, me vi compartiendo con otros lo que descubría que era fundamental para vivir la fe verdaderamente de acuerdo con su calidad, de forma que fuera juiciosamente vivificadora y no, en muchos aspectos, un sustituto de la credulidad, hecho a medida y más llevadero. Necesitaba formular, con rigor y vigor, la religión, plena de interioridad, que entreveía y a la que aspiraba. Así podría ayudar a cada uno a vivir mejor, en espíritu y en verdad, la que era accesible para él, de lo cual yo mismo sería el primer bene-

ficiario. Era importante ser así de preciso y evitar que el pensamiento se columpiase, tal como a veces uno se lo permite por facilidad y por pereza. También lo era no caer en las facilidades del lenguaje, que, por su ambigüedad, puede convencer momentáneamente mediante los escamoteos y malabarismos de las palabras, la seducción de las imágenes, y las oscilaciones y la cadencia oratoria de las frases. Debía exponer mi religión sin las atenuaciones, las amplificaciones y los acomodados exigidos por las expectativas, las alergias y las susceptibilidades de los demás. Debía hacerlo sin dejarme influir, en lo posible, por el personaje del que la vida me ha revestido, del que tiendo a estar satisfecho y en el que me tienta encerrarme. Debía estar tanto más vigilante cuanto que, a fuerza de rigor de espíritu y de vigor interior, he ido siendo más capaz de decir, con palabras verdaderas, lo que en mí mismo captaba del misterio del hombre y de la Acción que –por impensable que sea– actúa, no sin mí, en el centro de mi actividad, es decir, en lo que ésta presenta de propiamente creador.

En estos asuntos que son tan vitales –y más si uno construye su única vida en torno a ellos–, ¿cómo lograr evitar las polémicas en que cada uno ataca, no sin violencia, tanto para defender mejor las particularidades de su evolución como para justificarse a sí mismo ante el resto, sin olvidar que también entran en juego, y no sin fuerza, el espíritu de cuerpo y la “razón de Iglesia”: esa forma religiosa (sic) de la razón de Estado? Estas discusiones, aunque se entablen con ánimo de jugar limpio, resultan fatalmente apasionadas. En mis libros, las críticas e impugnaciones, ciertamente, no faltan. Sin embargo, no creo haberlas amado por ellas mismas. Me gustaría que mis lectores tampoco las “amasen” hasta el punto de que fuesen la razón principal de su afición a mi obra. No obstante, debo confesar que, algunas veces, estas críticas e impugnaciones me han aportado algunas satisfacciones: como una especie de revancha...

III

*Para un enfoque crítico de la historia de la Iglesia
y principalmente de los concilios*

A no ser que separemos radicalmente, al revés de lo que es de ley en lo humano, la calidad de los comportamientos de la Iglesia y el valor de su pensamiento al elaborar, a lo largo de la historia, su doctrina y su ley, no cabe duda de que la forma de vivir de la Iglesia ha influido grandemente en la formulación e incluso en la substancia de su doctrina y de su ley por más que la Iglesia afirme, con fuerza, que las ha recibido directamente de los apóstoles y del Espíritu. Ésta es la razón por la que –teniendo muy en cuenta las costumbres de la época y las preocupaciones que seguro que pesaron sobre su elaboración y transmisión– se deben repensar las doctrinas y las leyes a la luz del juicio que debe hacerse de las conductas de la Autoridad en ciertos períodos especialmente importantes y difíciles, en especial en los tiempos de los Concilios. El estudio crítico de la historia de éstos, en los que la Institución, por medios bastante ajenos a lo espiritual y demasiado exclusivamente políticos, sólo se esforzó por conservar su doctrina –“su talento”– sin esforzarse por redescubrir lo que siempre la renueva, es indispensable para que la misión de la Iglesia encuentre un segundo aliento. No es cuestión de juzgar el pasado o el presente sino de sacar una lección para el porvenir. Porque, a decir verdad, ¿podría haberlo hecho mejor antes de que los hombres, lentamente, por la evolución y la progresión de la sociedad durante siglos, alcanzaran, en general, una interioridad suficiente?

Es evidente que este estudio crítico, si se limita a la elaboración de las leyes y de las doctrinas a lo largo de los tiempos, no puede ser completo y dar luz y fuerza para una conversión y un nuevo comienzo verdaderos. Debe remontarse más arriba, hasta la génesis lejana en la que, quizás más que en ningún otro sitio, las ambigüedades y los mecanismos complejos de la condición humana acompañan, inseparables, la Acción subterránea, sin rostro e imponderable, que hace posible el advenimiento de la religión en espíritu y verdad, por

improbable, e incluso imposible, que éste pueda parecer. Imposible hacer esta exploración sin riesgo de llegar a poner en cuestión algunas de las bases sobre las que la Iglesia ha estado edificada sin siquiera haber tenido conciencia de ello; bases que nunca antes se habían replanteado con tanto vigor y rigor debido al velo sagrado con el que se cubrían, hasta ahora, los primeros tiempos del cristianismo, en que las diversas comunidades nacían y se iban situando tanto entre sí como ante el Mundo de su tiempo.

Revisión de los orígenes del cristianismo quizá desgarradora pero que, hecha en espíritu y verdad, con paciencia y fe, promete a la Iglesia una fecundidad parecida a la que la ciencia conoce en su orden desde que ha sido capaz de hacer la crítica de sus principios básicos, incluso de los más indiscutibles. Esta revisión, que arraigaría a la Iglesia en las profundidades de lo humano y que le reconocería una realidad distinta de la que muestran las peripecias de su historia y de la que afirma su doctrina sobre sí misma –ese “plan de Dios” al que apela–, abriría la posibilidad de que la Iglesia fuera universal según la calidad y dimensión que ahora se tiende a dar a dicho término y que antaño, e incluso recientemente, eran todavía inimaginables de tan sin medida e ilimitadas como parecen. Porque, en efecto, ¿no hay que pensar que sólo el misterio que caracteriza al hombre entre todos los seres vivientes da la medida de lo universal, y que una sociedad sólo puede pretender acercarse y acceder a ese universal si es el lugar en que el hombre, gracias a ella, está en camino de llegar a ser él mismo conforme a la totalidad y unicidad de su ser?

La gracia de la Iglesia está en haber nacido de un hombre que llegó hasta el límite de su humanidad, y que no escribió ni fundó nada, lo cual lo circunscribiría a un tiempo y a un lugar, a una cultura y a un universo mental. ¿No rechazó siempre Jesús –según el Evangelio de Marcos y en contra del resto de los Evangelios, más inspirados por las necesidades apologéticas de su tiempo– los nombres, los títulos y las funciones mesiánicas que a sus oyentes, incluso a los más cercanos, se les ocurría atribuirle? Verdaderamente, la voluntad de su Padre sobre él estaba a la altura de lo que su fide-

dad le hacía llegar a ser.

Condiciones para una verdadera actividad de pensamiento

La rectitud y la honestidad de espíritu, el rigor y la verdad de sus actividades, la profundidad y la finura de sus análisis no toleran otros límites que los inherentes a la condición humana y a la situación espacio-temporal en que se dan. El espíritu no tolera la imposición explícita y extrínseca de ninguna frontera a su ejercicio. Sería como hipotecarlo de alguna forma allí donde él se sabe ser totalmente independiente en su despliegue. Sólo por ello, el espíritu estaría herido secretamente en su acto.

Esta afirmación no es consecuencia de la adhesión a una antropología o a una teología determinadas, si bien implica una concepción del hombre, toda de libertad y de responsabilidad, y también de dependencia si el hombre lleva su investigación suficientemente a fondo; pero una dependencia no de origen externo sino íntimo, como necesaria para él y para ser él mismo. Esta afirmación proviene de la experiencia que cada uno puede adquirir, de sí y de los demás, a partir de lo vivido. No cabe duda de que no fue siempre así. En el pasado, la urgencia de la supervivencia cotidiana, individual o de grupo, y los regímenes colectivistas y autoritarios hacían imposible esta liberación fuera de algunos seres excepcionales por su humanidad.

No se trata aquí de los límites inamovibles que se imponen al pensamiento por estar sometido sin remisión, en una situación determinada, a unas evidencias (prejuicios, supersticiones, ignorancias) que a nadie antes se le había ocurrido criticar y que él suscribe espontáneamente, sin siquiera ser consciente de ello. Sin duda, en este estado de alienación inconsciente, la inteligencia que el hombre puede alcanzar en todos los sectores del saber está irremediamente recubierta de sombras y atravesada de falsas claridades en la medida en que las certezas en que su pensamiento se apoya y que utiliza para desarrollarse no están exentas de errores; lo cual sucede tanto más

cuanto más lejos y de manera más firme avanza en sus investigaciones. Y tampoco se trata únicamente de las actividades del pensamiento, a las que cierta preocupación por la acogida de sus proposiciones polariza, más o menos conscientemente, como suele suceder en los círculos en que la uniformidad de expresión –cuando no de pensamiento– es norma.

Más específicamente se trata aquí de cuando el hombre aborda terrenos y cuestiones que tienen que ver con su condición de misterio, pero que están prohibidos a su espíritu crítico porque él se adhiere totalmente a unos datos a los que juzga, sin reservas, estar fuera de toda discusión. Lo cual puede deberse o bien a una sumisión a una autoridad que para él procede de lo absoluto –y a la que, además, en la práctica y con mucha frecuencia, no le faltan medios, muy otros que los intelectuales, para imponerse eficazmente– o bien, también, a su propia convicción de poder agotar lo real, en la medida de lo posible, a través del conocimiento estrictamente objetivo y científico que sabe que puede alcanzar. Esta convicción está fuera de toda duda para él, y rechaza, decididamente, tanto repensarla personalmente, por su cuenta y riesgo, y hacérsela suya a su manera, a la luz de lo que vive, como darle contemporaneidad. Todo esto –piensa– no le aportaría nada válido sino que, al contrario, lo mancillaría de subjetividad.

En estas condiciones, las actividades del pensamiento, aunque se consideren plenamente libres, ¿pueden estar realmente limpias de ciertos arreglos, a medias involuntarios y a medias pretendidos? En este estado de sumisión incondicional de la inteligencia, hay tomas de posición a priori, explícitas o no, que el hombre mantiene, de forma sorda, para evitar plantear la objeción que decididamente rechaza considerar, no tener que poner en duda la afirmación que está en la base de lo que sostiene con firmeza, o, también –eventualidad que rechaza considerar en absoluto–, para no verse llevado a franquear, en el curso de su indagación, los límites que se impuso voluntariamente, lo cual podría causar trastornos importantes que sordamente presiente. Hay formas doctas de plantear preguntas y de

confeccionar respuestas que están secretamente inspiradas por la preocupación de apartar problemas que no se quieren considerar y conservar unas proposiciones que no se quieren cuestionar. En estas circunstancias, se pretextan mil razones: unas, sociales, de oportunidad o de eficacia; otras, de método, en que se sostiene la necesidad de distinguir entre sí las disciplinas para que no se invadan unas a otras y no pierdan así su rigor; otras, de tipo religioso, en las que se evoca, sin más pero de forma perentoria, “la obediencia de la fe” que ilumina el “sensus fidei”. Y está el humor, al que se recurre con frecuencia para huir sin mucho esfuerzo...

Hay demasiados ejemplos en los anales del pensamiento que muestran esta especie de relajación de la rectitud a medias inconsciente, en posiciones sostenidas, además, por espíritus que se cuentan entre los más íntegros, entre los más audaces, pero a los que se les coge desprevenidos cuando se les confronta con cuestiones que surgen inopinadamente y con teorías nuevas que zarandean las formas de pensar antiguas y todavía habituales. Las discusiones de alto nivel que se desarrollaron a principios del siglo XX a propósito de temas de exégesis y de filosofía, referentes a la lectura de las Escrituras y a la doctrina profesadas e impuestas tradicionalmente por las Iglesias, son ejemplos significativos de lo que decimos. A pesar del valor humano y del vigor de la fe de los principales creyentes que intervinieron en estos debates, y a pesar de su cultura y de su ciencia, sus controversias llegaron con frecuencia a un callejón sin salida porque cada uno de los participantes, con el calor de la discusión y conforme ésta se prolongaba, endurecía su posición como si de defender su vida se tratara. ¿Acaso no era eso lo que sentían en su interior, no sin violencias ni sufrimientos? Lo sugieren ciertas argumentaciones artificiales, ciertos excesos en las frases a la hora de afirmar o de negar, algunos bizantinismos en los análisis llevados demasiado lejos, así como ciertos excesos en los juicios en privado de unos sobre otros que, en público, apenas si se disimulaban bajo formas de cortesía o incluso de afecto en las que, sin embargo, la violencia de la pasión y el mordiente de la ironía no dejaban de despuntar.

Demasiadas certezas intocables en aquellos creyentes, incluso en los más liberados, a los que todavía entorpecía y enredaba, a causa de su formación, el escolástico-cristianismo y su aparato dogmático. Demasiados presupuestos cientistas mantenidos con resolución, de manera casi absoluta, relacionados obscuramente con una especialización forzada en aquellos hombres de ciencia a los que faltaba una autocrítica proporcionada. Tanto unos como otros se vieron así impedidos de ejercitar plenamente su capacidad excepcional de lucidez y de rectitud. Demasiados rechazos obstinados. Demasiadas afirmaciones impacientes. Demasiadas condenas sin apelación en nombre de la Verdad. Demasiadas sanciones cargadas de consecuencias de todo tipo, tomadas en nombre de Dios por una Autoridad segura de sí, a la que no disgusta justificar su existencia de tal modo.

En definitiva, nada se indagó suficientemente a fondo a pesar de la elevada competencia de los participantes, a pesar de que las soluciones fueron paulatinamente más afinadas y complejas, y de que las críticas que se formularon fueron menos instintivas y sentimentales y, en cambio, más razonadas y motivadas, gracias a como se fueron abordando los temas. A estas circunstancias habría que añadir que, al lenguaje utilizado, y que había servido y bastado en las discusiones del pasado, le faltaba precisión y finura: carecía de unos términos – no inventados todavía– cuya profundidad de sentido y amplitud de alcance hubiesen podido expresar las particularidades de los nuevos caminos del espíritu y los matices más sutiles que las controversias en curso abordaban.

Demasiadas limitaciones imponían al ejercicio del pensamiento, además, la concepción intelectualista y autoritaria en exceso que se tenía entonces de la fe, así como la idea del conocimiento que provenía de una mentalidad racionalista y cientista, que eliminaba sin reparo cualquier actividad personal porque la juzgaba a priori subjetiva y procedente del iluminismo. Nada en estas condiciones permitía abordar, de forma plena, crítica y constructiva, ni la naturaleza y el horizonte de los conocimientos que la inteligencia humana puede alcanzar de la realidad, ni los problemas que el hombre y su relación con

lo divino plantean, y que nacen y renacen sin cesar bajo el viento de la historia y el cuestionar del espíritu.

Sin embargo, todas estas firmes tomas de posición, conservadoras o innovadoras, dejaron de ser rápidamente pertinentes. Un gran número de las aseveraciones que entonces alimentaron y suscitaron la controversia, pese a ser relativamente recientes, parecen ya anticuadas, hasta el punto de que ciertas posiciones conservadoras de entonces han perdido, en la actualidad, todo crédito entre los tradicionalistas, a los que asombrarían si las conocieran. Y algo parecido ocurre con muchas de las conjeturas avanzadas por los progresistas de ayer que hoy parecerían demasiado moderadas. Pero no se conocen. A fuerza de violentar los espíritus y las conciencias, las autoridades religiosas, y principalmente las romanas, han logrado hacer desaparecer casi por completo, entre el gran público, durante este siglo, las cuestiones que, al comienzo del mismo, apasionaban a los pensadores cristianos y, muy especialmente, a la juventud. No obstante, en estos tiempos de rápida e invencible evolución de los universos mentales, estos mismos problemas han adquirido nuevas dimensiones y se han extendido a nuevos campos.

Relaciones ambiguas de la Autoridad con el investigador

Un conocimiento suficientemente objetivo, a fondo y preciso, de lo que, en esos tiempos todavía cercanos, podía comúnmente considerarse, de buena fe y con convicción, como esencial para la fe, suscita interrogantes. Lo que normalmente se admitía por todos en aquellos tiempos de Cristiandad en fase terminal difiere tanto de lo que, hoy en día, incluso los conservadores más conservadores viven y piensan realmente que es como para preguntarse si no se trata de una religión distinta. Ciertamente, esta diferencia no se capta por la letra de las doctrinas y de las leyes, minuciosamente conservada si no escrupulosamente observada, sino por el sentido que ahora se le da a dicha letra de forma generalizada, exceptuando las colectividades integristas que, a falta de una fe y de una interioridad verdaderas, con frecuencia convierten dicha letra en su patrimonio y en la razón de su identidad.

Paralelamente, los artículos y los libros que intentan presentar de un modo renovado la forma de vivir hoy el cristianismo, repensado en la fe pero a la luz también de los conocimientos modernos y sin atarse a la estricta repetición –puramente formal– de la doctrina del pasado; lo mismo que los escritos que miran de exponer una lectura de la Escritura actual, que tenga en cuenta los progresos de la exégesis y de las ciencias humanas y no se abandone a la facilidad de otorgar a dicha Escritura un estatuto fuera de la historia que la convierte en una “palabra de Dios” desencarnada, puesta en labios de los hombres de forma mecánica; tanto unos como otros, dejan entrever, pese a todo, lo artificial de muchos de sus matices y de muchas de sus distinciones, que se ingenian en hacer y en multiplicar con el fin de justificar, frente a las antiguas, las nuevas formas de exponer. ¿Cómo no extrañarse, en efecto, ante el continuo equilibrio entre las nuevas perspectivas, sugeridas con claridad pero sin afirmar del todo, y las exposiciones laboriosamente elaboradas para conseguir que sean aceptadas, por ejemplo buscando alguna coincidencia verbal de los desarrollos modernos con los antiguos que, sin embargo, lo más frecuente es que sean opuestos entre sí?

Imposible no sentir apuro ante la dificultad que, hoy en día, lleva a algunos hombres, rectos y verdaderos en su carácter y en su fe, sin llegar a osar decirlo abiertamente ni siquiera confesárselo verdaderamente, a doblegarse, más por disciplina que por sumisión, a una ortodoxia tanto más tiránica y desconfiada cuanto que la Autoridad en absoluto ignora su propia incompetencia intelectual en problemas ante los que hubiera sentido escrúpulos si, por inadvertencia, se los hubiera planteado. Aunque la Autoridad se considere responsable de la conservación de las doctrinas, ¿acaso no sabe hasta qué punto dichas doctrinas están irremediabilmente en falso respecto de lo que los cristianos pensarían si se pusieran a pensar de veras? Este tipo de política, que no busca más que conservar –o restaurar– y que limita autoritariamente a la inteligencia en sus actividades de crítica y de creación, ¿acaso no conduce a las Iglesias a convertirse en unas sectas en las que quienes se esfuerzan humildemente

por reflexionar con honestidad y vivir con autenticidad se sentirán, cada vez más, inadaptados por completo?

Este cambio de universo mental, de una magnitud nunca antes alcanzada, es el drama de nuestro tiempo. Todos lo vivimos aunque muchos lo ignoren y otros tantos se esfuercen desesperadamente en resistirse a él apoyándose en el pasado. Ninguna autoridad política, por más firme que sea y por más medios de poder y de seducción de que disponga al comienzo, gracias a su prevalencia históricamente adquirida, puede ir en contra de esta marea de fondo por dictado y no acabar perdiendo por ello todo su prestigio. La autoridad religiosa sólo estaría en condiciones de remediar esta situación si fuese creadora, pero no puede serlo sin ponerse de antemano en cuestión y hacer una crítica de sí misma que casi iría contra la naturaleza que ella misma se ha atribuido por la doctrina que ha profesado con perseverancia desde el comienzo.

Del devenir de la inteligencia libre

La libertad, sin límites y sin fronteras, de la inteligencia y de su actividad crítica y creativa, es fundamental para la rectitud del acto de pensamiento, no de su substancia que, evidentemente, puede ser errónea. El reconocimiento de las exigencias íntimas que impone a cada uno el ejercicio de la libertad intelectual, la manera decidida y perseverante de responder personalmente a tales exigencias son rasgos importantes de la fidelidad que requiere la modernidad. La abren hacia el porvenir. La distinguen e incluso la oponen a lo que antaño estaba permitido y se vivía en el orden del pensamiento. Con demasiada frecuencia la inteligencia se veía limitada de forma autoritaria en su actividad tanto por razones políticas como en nombre de la religión. En cualquier circunstancia, la libertad de pensamiento, en todos los campos y en todas las dimensiones, es algo que cada uno debe descubrir y conquistar a lo largo de la vida. Nunca conseguida, siempre obstaculizada, debe reconquistarse sin cesar por entero, desprendiéndose en lo posible de las evidencias y de las certezas, individuales y colectivas, y de todo tipo, que, tanto en el pasado como en

el presente, se proponen con fuerza e insistencia para poner coto al ejercicio del pensamiento y a su campo de acción.

El hombre, pese a la objetividad reconocida de los conocimientos científicos, tiene que criticarlos según lo que, tras reflexionar, se impone a su espíritu. Así es como éstos progresan más allá de toda expectativa. La actividad crítica, según las posibilidades de cada uno, es de rigor en todos los campos. Es también la condición para vivir plenamente a un nivel personal conveniente. De lo que se sigue que, en cualquier campo, no hay saber que no sea susceptible de ser ulteriormente adaptado o corregido, de una forma u otra. Todo saber es susceptible de ser repensado desde la base cuando se presenta la ocasión. Cada uno debe hacerlo, por su cuenta, según su necesidad particular. En nuestro mundo, en el plano del pensamiento, no hay nada cierto definitivamente, todo debe reexaminarse tarde o temprano y sólo es cierto a título provisional mientras no se logre poner en duda verdaderamente.

El hombre no tiene dónde apoyar su cabeza. El ejercicio de su mente no tiene ya ni punto de partida absoluto ni término insuperable en el futuro. El principio y el fin del ejercicio de su inteligencia son inimaginables para él aunque se insertan donde todo nace y todo muere, donde todo, si no deviene, cambia. Por otra parte, su pensamiento sólo se conserva vivo si no cesa de plantearse preguntas a propósito de sus afirmaciones, de sus orígenes, de sus desarrollos, de sus consecuencias. En caso contrario, unas proposiciones inmóviles, intangibles, sin cesar repetidas pero nunca repensadas de verdad, ¿cómo no van a pesar sobre la inteligencia con todo el peso de su inmovilidad dictatorial hasta volverla ajena al clima creador que antaño había presidido su despertar y luego la línea general de su devenir? En particular, ¿no es importante, para la validez del pensamiento, ponerse al día y criticar lo que, de forma a veces necesaria y secreta, le ayudó a desplegarse y a expresarse pero que ahora debe corregirse, completarse y superarse, tanto como haga falta, para todavía poder progresar?

En este campo se puede citar, por ejemplo, todo lo que el “buen sentido” –con frecuencia invocado, a falta de otro argumento, para zanjar, de forma decisiva, una discusión– ofrece a cualquiera, de forma perentoria, con el candor de la inocencia y la seguridad de la ignorancia; todo lo que las consideraciones jurídicas o de conveniencia, dictadas por la ética del sentido común, normal en un momento dado, adelantan; todo lo que cortocircuita los procesos mentales necesarios para fundamentar verdaderamente lo que se afirma y expone de forma sistemática y así dispensa de ellos. De este modo, ¿cómo no plantearse preguntas a propósito del valor de la lectura fundamentalista de las Escrituras, más o menos practicada todavía por gran número de teólogos, incluso por historiadores exigentes que la utilizan dada la base que les parece que aporta a su enseñanza cuando ésta prescinde tanto de las condiciones históricas de su formación y transmisión a través de lenguas y de siglos como de que su letra estuvo sometida, además, a las preocupaciones doctrinales de los copistas?

Del abismo inviolado entre el saber adquirido y lo real buscado por el espíritu

¿No es artificial y de poco valor suprimir un problema fundamental para el pensamiento al afirmar, de forma abrupta, perentoria e inocentemente presuntuosa, un realismo ontológico que, de un trazo, entrega lo real al pensamiento abstracto y lo somete de este modo a sus operaciones lógicas, en lugar, cuando ello se presenta, de replugar la inteligencia a lo que se puede observar o experimentar? Pero, ciertamente, todavía hay que avanzar más lejos en la crítica que se debe hacer a toda actividad de conocimiento: hay que preguntar sobre su naturaleza, sobre sus relaciones con lo real, sobre sus operaciones, de las que el hombre en acto de inteligir es sujeto y agente, y que le permiten organizar lo que alcanza de lo real en saberes, y coordinar éstos en teorías a partir de las nociones de causa y efecto, y de las relaciones complejas que se establecen entre ambas; por ejemplo, su coexistencia en una proximidad sin distancia, su sucesión en una simultaneidad intemporal.

Más aún, las investigaciones del hombre, ¿no le conducen a sobrepasar estas nociones por ser demasiado mecánicas, y a alcanzar una visión más orgánica de lo real que, sin pretender sondearlo totalmente, se muestra más adecuada? El hombre se esfuerza por crear unos espacios matemáticos (de espacio-tiempo euclidiano o no) que sean conformes a las estructuras de su espíritu y donde éste pueda desplegar su ejercicio. Espera que sean así lugares abstractos apropiados, de alguna forma, por su composición, cada uno de ellos a cada una de las diversas regiones en las que el Mundo se despliega, y donde los hechos coinciden en un orden de grandeza que es característico en relación con el resto. De este modo, el espíritu, por sus operaciones en cada uno de esos espacios matemáticos, boga en cierto modo como en paralelo con el curso de los fenómenos que pertenecen al campo de lo real que le corresponde singularmente en abstracto. Estos fenómenos siguen unas leyes formuladas a partir de la representación que nos hacemos de ellos, la cual conduce a una utilización que permite una acción sobre eso real y con ello.

Una hazaña tal del pensamiento en el orden práctico no colma el abismo entre lo real pretendido y el saber adquirido, que permanece inviolado. Pese a lo que esto conlleva de decepcionante para el espíritu, sus éxitos mismos le imponen reconocer la distancia infranqueable que separa lo que su saber le lleva a pensar de lo real y lo que éste es en sí mismo. El hombre está condenado a ignorar el fondo de las cosas. La disparidad irreductible entre el conocimiento y su objeto impone a la inteligencia ser tan sólo la proveedora de modelos que hacen al hombre capaz de actuar cada vez más sobre lo real. El valor de estos conocimientos no es otro que el de su eficacia. Los modelos que los conocimientos utilizan para progresar son verdaderos porque son eficaces. Las “verdades” que proporcionan las ciencias no dejan de poner en cuestión la noción de Verdad con la que quizá, en definitiva, se aglutinan más que convergen. No tienen otra ambición que ser unos esquemas y no otra cosa que, de alguna forma, los emparentase con la Verdad.

A lo largo de siglos y en todas direcciones, esta investigación crítica y constructiva la deben llevar a cabo quienes, en el sentido más fuerte del término, se consagran a ella y encuentran así en ella el sentido de su existencia; ínfimos y efímeros pero necesarios, obreros de un futuro que los rebasa y del que son por otra parte los primeros frutos por lo que llegan a ser obrando así... Ya en el curso de una vida – y en especial en épocas como el siglo XX, en que se abren paso nuevas e importantes perspectivas acerca de lo real– se puede tomar directamente conciencia del trabajo subterráneo que, en mareas sucesivas y etapas progresivas, colabora al devenir del pensamiento, a pesar de la lenta penetración de las nuevas ideas en la mentalidad de los hombres sometidos a la inercia de los hábitos y costumbres y a la entropía del mundo en movimiento de la materia y la vida. Algunas perspectivas, inaceptables en otro tiempo para la mayoría pero que algunos hicieron avanzar pese a ser insostenibles entonces a los ojos de todos, se convierten hoy en evidencias tan comunes que el rechazo que antes se les oponía se vuelve inconcebible.

Autodestrucción del espíritu engendrada por el miedo

Reconocer que el ejercicio del espíritu exige una libertad total es capital para el hombre. Ésta es la única certeza cuya conciencia no debe discutir, a diferencia de todas las otras, que debe criticar para poder continuar ahondando en ellas y quizá poderlas superar. El hombre no puede negar ni el valor ni la necesidad de esta certeza sin renegar de sí mismo una vez que la ha liberado suficientemente de las condiciones contingentes que de ordinario favorecieron su nacimiento, a menudo de forma ambigua, como el gusto por la polémica o la necesidad de oponerse a otros como forma de autoafirmación. El hombre necesita desarrollar esta conciencia, entregarse cada vez más a ella y responder, sin límites marcados a priori, a las exigencias que ella hace nacer en él. De lo contrario, la perdería, y con ella se perdería a sí mismo. Si, a causa de una especie de dimisión secreta de sí bajo el efecto del miedo o de un sentimiento de culpabilidad, el hombre llegara hasta el extremo de sospechar del reconocimiento de esta

libertad total que surge como exigencia de su ser radical, y criticara esta libertad hasta condenarla y juzgarla presuntuosa y pecadora, se destruiría a sí mismo justo en este nivel profundo en que él es sujeto de libertad y de responsabilidad.

Esta limitación, que no es en sí misma de estructura para el espíritu pero que, sin embargo, se impone a su actividad crítica, es la única que es extrínseca para él y de la que es responsable por la libertad que le es propia. Esta prohibición, a la que él se conforma, no pesa ni altera en nada la verdad de las acciones de su espíritu, al contrario de lo que sucede con todos los otros límites y prohibiciones que se le podrían dictar. La toma de conciencia de la libertad sin límites que exige la justa actividad de la inteligencia forma cuerpo con la fe en sí mismo de la que el hombre vive explícitamente cuando se alcanza en sí mismo por un esfuerzo de interioridad y existe más allá de lo que sabe de sí, de lo que puede sobre sí en una extra-temporalidad que, por otra parte, le hace presente a cualquier hombre.

Tal como se puede constatar cuando se toma en consideración un período de la historia lo suficientemente largo, los itinerarios del espíritu, en proceso de su propio alumbramiento por medio de sus actividades de investigación y de crítica, son a todas luces irreprimibles incluso si, a veces, su progresión se frena o se retrasa por algún retroceso eventual o por alguna desviación que, pese a las apariencias y a los resultados, desfigura dicha progresión.

No obstante, la perseverancia en este trabajo, que cada uno desarrolla según sus iniciativas y por su cuenta y riesgo, se ve continuamente amenazada de tanto como le tienta al hombre entregarse a la facilidad de las evidencias comunes en su medio, nunca cuestionadas, por una especie de dimisión de sí mismo disfrazada de virtud; y de tanto como desea, además, tener certezas que lo aseguren y lo tranquilicen ante lo improbable y desconocido de su devenir. Asimismo, muchos hombres, creyentes o no, después de haber iniciado este camino, que, ciertamente, no deja de bordear abismos y provocar el vértigo, acaban por abandonarlo; y no sólo lo abandonan sino que,

como reacción y para justificarse, pasan a ser de los primeros que procuran alejar de él al resto.

A veces, al considerar las consecuencias, se puede cuestionar con razón la oportunidad de este camino, que es una verdadera aventura espiritual. Las consecuencias que la exigencia de libertad comporta son demasiado pesadas en determinadas situaciones y aplastarían a determinados seres, dado su estado. Sin embargo, la inoportunidad de emprender en un momento dado este camino no debe erigirse en imposibilidad definitiva de que esta toma de conciencia progrese, pues es muy importante la apertura del hombre hacia el mar abierto del “no-conocimiento”. Esta ignorancia adquirida corona la cima hacia la que suben y hacia la que quizá convergen, a lo largo de su progresión, todos los conocimientos suficientemente liberados de las contingencias que les ayudaron a nacer y a desarrollarse.

No obstante, ¿no hay que reconocer que esta vía de búsqueda y de crítica es peligrosa, pese a que, con la experiencia, de camino, a pesar de las apariencias, se muestre al fin muy segura? Visiblemente, dicha vía lleva a desestabilizar todas las certezas, incluidas las que habían parecido esenciales durante largo tiempo. En compensación, el hecho de que ya no queden certezas que puedan considerarse definitivas hace que el hombre no pare de replantearse y de reconsiderar sus fundamentos. A decir verdad, sólo así vive verdaderamente de ellas. ¿Acaso no necesita, por la inteligencia que adquiere de ellas, enraizarlas en la profundidad de su humanidad, en su propia totalidad que constantemente se desarrolla más allá de lo que ordinariamente puede saber y querer? Sólo así está en camino de alcanzarse en su singularidad y de reconocerse responsable de su propio devenir libre: él, por otra parte tan pesadamente dependiente siempre de aquello sin lo que no podría ser pero de lo que acaba siendo ajeno. De otro modo, ¿cómo no se iba a sentir perdido en un Mundo del que antes, según se lo aseguraban sus tradiciones, antiguas y divinas, creía ser el centro y estar destinado a ser el rey; un Mundo al que, también según esas mismas tradiciones, debía reconocer como fraterno pese a las precariedades de su vida, que lo reducían a vivir en él como peregrino?

Ser aleatorio según todas las apariencias, debido a un azar impensable por su improbabilidad después de mil tentativas fracasadas y que sin duda siguen abortando de una forma u otra; ser precario y efímero cuya historia se pierde, fugitiva, en las brumas de un pasado inmemorial; así se ve el hombre a medida que progresa en el conocimiento de un universo de dimensiones fuera de toda medida, que le parece cada vez más radicalmente desprovisto de esos sentimientos elevados de los que él no puede renegar sin renegarse. A medida que crece en conciencia y en lucidez, ¿cómo no acabar por encararse consigo mismo en lo más hondo, y sentirse empujado hacia la fe desnuda y sin rostro que le introduce en un por-venir que le desborda por todas partes y de todas formas? Presencia a sí mismo, atención a la Acción que lo solicita en lo íntimo y que le permite no ser sólo un ser “vivido” sino llegar a ser un hombre “vivo”: única manera real de ser para el hombre.

Vanas resistencias de las sociedades a los avances de la investigación

¡Difícil, exigente, siempre solitaria, esta vía! Hay que darse a ella totalmente, conforme a las propias cadencias, para seguirla verdaderamente. Aunque no es del todo ajena a las otras, más frecuentes, suele llevarnos contracorriente y, como mínimo, separar cuando no oponer. A veces se la llega a condenar públicamente. Como por necesidad, todas las sociedades ven, en cualquier actividad que no provenga de ellas y siga sus propias normas en su desarrollo, una forma de emancipación que, sin llegar a la rebelión, va contra su supremacía. Por lo tanto, raramente se sigue esta vía hasta el final como se debería y se podría. Perseverar en este camino, siempre desconocido, de final imprevisible e imprecisable, exige vivir de fe, cada vez más, a medida que uno se adentra más lejos, es más consciente de todo lo que está, directa o indirectamente, en cuestión y depende de su perseverancia, y a medida que presiente todo lo que está llegando a ser y que sería importante para el futuro. ¿Acaso no se siente uno, de alguna forma, responsable de todo esto pese a ser incapaz de controlarlo?

Sin embargo, de ordinario, la visión de lo arriesgado e incluso peligroso de esta marcha hacia adelante, que el creyente presente, no hace vacilar la fe. Al contrario, la alimenta e incluso la exalta a veces. El vigor de la fe crece a fuerza de enfrentarse a sus dudas, escoltadas por angustias que reabsorbe poco a poco aunque no resuelve, pues reaparecen más tarde y con frecuencia. La crítica hace más original y más pura a la fe porque, llegado el momento, la lleva a desembarazarse de las ideas establecidas según la moda de la época, así como de las evidencias y pulsiones procedentes de su medio religioso y cultural, las cuales, sin embargo, la ayudaron a nacer en el hombre y facilitaron que éste, durante un tiempo, al principio sobre todo, se entregase, quieras que no, íntegramente a la fidelidad.

Aunque estas perspectivas comunes, frecuentes en su medio, no carecen a menudo de grandeza pues están, desde tiempos lejanos, como revestidas de un carácter divino; y aunque todavía se admiten sobre todo por sus efectos prácticos y por sostener, de hecho, a muchos hombres auténticamente creyentes igual como hacían antes, en la actualidad y en adelante, no podrán proporcionar más que indicaciones y referencias que siempre habrá que interpretar. Si por el contrario –y por error– se mantuvieran de forma prácticamente absoluta, tal como en tiempos pasados pudo ser útil e incluso necesario hacerlo, acabarían, a la larga, por obstaculizarlo y condicionarlo todo hasta envenenarlo. En forma de ideologías y de creencias, estas doctrinas tienden a distraer de la vida espiritual a todo posible pionero de la fe y del porvenir, justo cuando éste tendría que inventar personalmente, para sí y para que su generación ocupe su lugar en la historia. Haciendo prevalecer el discernimiento, el creyente puede llegar, poco a poco, a ser él mismo y a no quedar encadenado por lo accesorio, esto es, por la práctica de las múltiples maneras de hacer y de decir, de imaginar y de pensar que dependen, en último término, de proyectos y de iniciativas demasiado humanos, y que, además, con frecuencia, están muy deformados por el uso y no aportan más que en el plano de lo social y de lo político, al que pertenecen.

Pero, ¿qué sociedad, qué Iglesia, visto lo que son sus miembros en el secreto de lo cotidiano, aceptaría que sus estructuras, su doctrina y sus leyes fuesen constantemente cuestionadas e interpretadas por cada uno en la medida en que le concerniesen personalmente? Esta vía, por exacta que pueda ser para algunos, dado lo que son en su propia singularidad, no puede ser sino impugnada, al menos en voz baja, por cualquier sociedad, que no pretende especialmente el crecimiento de sus miembros sino que busca su conformidad para encontrar y fundar en ella su unidad y su razón de ser; sociedad que no será extraño que no sólo critique por lo bajo esta vía sino que también la combata y la condene sonoramente. Por eso los hombres que siguen esta vía a fondo están fatalmente condenados a convertirse en unos marginados, a ser expulsados del medio en que nacieron, al que, sin embargo, permanecerán unidos por sus raíces y por seguirle agradecidos por todo lo que de él recibieron. Siempre, de una forma u otra, al final de su vida, estos hombres quedarán como vencidos; y tanto más cuanto más lejos hayan ido, por fidelidad, por un camino que, a decir verdad, se les dictó paso a paso. No obstante, en realidad, ellos serán, más adelante, los que ganen. Por su fe y su fidelidad, ellos son, en verdad, los herederos del pasado, más que los que sólo pensaban en conservarlo. Ellos son los que van por delante de su tiempo. Por su itinerario personal, tejido de comportamientos rectos y de pensamientos justos, irradian y así despiertan lo que, todavía adormecido, existe en potencia en su medio. De forma paradójica, ¿no sucede esto también, en parte, gracias a las críticas que hacen de su medio justo en nombre de lo que llegaron a ser y a descubrir gracias a él?

Así es como, poco a poco, gracias a una especie de maduración colectiva de siglos, que desborda, aunque dependa de ella, la que proviene de la iniciativa de cada uno, la sociedad se va transformando, con independencia de los políticos que la gobiernan, e incluso a pesar, a veces, de sus proyectos y del poder de que disponen. Así es como los avances predominan al final sobre los retrocesos a pesar de lo que duren las apariencias contrarias.

IV

*Favor hecho al ejercicio del pensar por la autocrítica
que las ciencias hacen de sí mismas y de sus métodos*

El hombre se maravilla de los éxitos cosechados por la ciencia frente a la ignorancia y a la impotencia gracias a la autocrítica inexorable y paulatina de sus procesos más garantizados e incluso de sus conclusiones más rigurosas, hecha durante su progresión. Estos éxitos, además de confirmar el valor de las actividades de la inteligencia, proporcionan unos medios de actuación sobre lo real y de utilización de éste que, si el hombre todavía viviera en el universo mental en el que, en el pasado, estaba encerrado sin saberlo, creería, de forma irrefutable, que provenían del milagro y de lo “sobrenatural” de los “hechos divinos”.

No obstante, la importancia de las técnicas que la ciencia pone, en la actualidad, a disposición de los hombres es fuente también de inquietudes especialmente punzantes: el hombre siente aprensión ante los acontecimientos y las situaciones que pueden derivarse como consecuencias de la aplicación de la ciencia, cuyas dimensiones, siempre mayores, tienden a aproximarse a las de los fenómenos del Cosmos. Las intervenciones en las estructuras de la materia y de la vida que la ciencia posibilita son actualmente de tal potencia y alcance que pueden llegar a perturbar de forma importante, decisiva y tal vez definitiva, algunas estabilidades de la Naturaleza que se creían infrangibles. ¿No es de temer que de los desequilibrios y rupturas así provocados en determinados campos de lo real se sigan otros, en una cadena indefinida, dentro del desarrollo de los fenómenos, hasta ahora casi inmutable? ¿No habría que temer que alguna vez sea demasiado tarde o ya imposible para siempre volver atrás o detener y poner remedio a las condiciones, nuevas y nefastas, que se derivan de las aplicaciones técnicas?

¡Pregunta ciertamente angustiada! El hombre, ante riesgos como éstos que parecen amenazar su existencia, incluso en breve plazo,

¿detendrá sus investigaciones para no tener que afrontar, llegada la ocasión, unos peligros ilimitados y quizá fatales por sus consecuencias? Estas investigaciones, sin embargo, parecen imponerse al espíritu de una forma tan imperativa como la libertad, sin límite extrínseco, exigida por su ejercicio para realizarse total e íntegramente. Prohibirlas por razón de las secuelas que pudieran derivarse sería, sin duda, herir gravemente, de forma indirecta, los procesos del espíritu en los restantes campos y lastrar excesivamente las investigaciones que el hombre pudiera hacer en ellos. Lo cual supondría, además, cerrar algunos caminos que pudieran ser de importancia capital en el futuro. Tales prohibiciones, ¿no limitan al hombre en lo que tiene de más específicamente humano? ¿No es hipotecar la vida y sus actividades más elevadas so pretexto de salvaguardarla?

¡Paradójica situación! Para ser digno de su ser en potencia, el hombre se ve incesantemente como empujado, sin poder prever el término, a promover, por sus actividades intelectuales y las restantes que de ellas se deriven, situaciones nuevas de las que tendrá que apropiarse por iniciativas todavía por inventar. Y ello sin ignorar que así se arriesga a tener que afrontar, eventualmente, algunos peligros, y quizá de los más extremos. Dos actividades propiamente creadoras se conjugan así en el hombre. Si sabe acogerlas, ambas hacen crecer su humanidad. No obstante, debe vigilar para que no le absorban hasta el punto de traicionarse en lo suyo más característico, que lo constituye como hombre más que como investigador.

¡Ser cada vez más improbable a medida que llega a ser! El hombre crece abrazando lo real hasta forzar su secreto y, paralelamente, hasta incurrir en el riesgo de su propia destrucción ¡Singulares esponsales éstos, en que los recursos escondidos de lo real, liberados por el hombre, permiten a éste activar sus propias potencialidades, desconocidas antes; esponsales que prolongan la lenta y gigantesca gestación que hizo emerger, del Universo de la materia, la vida y después la conciencia! Este nacimiento del hombre a sí mismo, situado por antiguas tradiciones “al comienzo” del Mundo; esta apoteosis del hombre en su realización, situada por otros relatos en el último día, ¿no

son también como el alfa y omega del advenimiento en la historia del Dios impensable, que el hombre, más que acercarse, expresa con ayuda de la representación que él alcanza de Él a partir de lo que, gracias a Él, esa representación le llama a ser por intermediación suya? Dios se desplegaría en lo último que, en todos y cada uno de los hombres, Él crearía con cada uno, de tal forma que todo fuese, finalmente, como su encarnación según el devenir de cada uno; encarnación de múltiple esplendor, concebida antaño de forma completamente distinta...

Impacto en la vida espiritual de las evoluciones en el pensamiento y de los cambios en el comportamiento inducidos por la modernidad

La modernidad se está imponiendo en la actualidad en Occidente de forma imparable pese a todas las medidas de gobierno y de enseñanza que las autoridades civiles y religiosas miran de tomar para dominar su curso. La modernidad parece ser, de forma paradójica, a la vez la consecuencia de un movimiento de fondo de tipo cósmico, dada su potencia y sus dimensiones, y el fruto de multitud de iniciativas humanas, todas ínfimas y efímeras y de una precariedad propia de lo mutable e improbable. La modernidad plantea a la sociedad problemas tal vez decisivos para su existencia, cuya solución parece no proceder sólo del gobierno habitual de los hombres sino de las decisiones singulares de éstos dado que las necesarias medidas a tomar dependen sobre todo de ellos, y tendrán, además, consecuencias de todo tipo en su vida individual y personal, privada y pública. Difícil sería sobreestimar, en particular, la importancia de las evoluciones en el pensamiento y los cambios en el comportamiento que los progresos de la ciencia y de la técnica están acelerando. El universo mental que ayer era común y que repercutía en las ideas y en la conducta está ya profundamente transformado por influencia de la ciencia y de la técnica. Esta evolución es tan rápida en nuestro siglo XX que se puede percibir en el transcurso de la vida de un hombre.

Es imposible que esto no tenga consecuencias en el clima interior y en la vida espiritual del hombre, en la forma de ser éste creyente

y, como consecuencia, en lo que las Iglesias tienen que ser para desarrollar su misión en la línea de los Evangelios y, más precisamente, de quien estuvo en el origen de los mismos. Ahora que las Iglesias ya no van a la cabeza de la acción civilizadora como antaño, al menos en Occidente, aunque se puede prever que sucederá lo mismo en todas partes, ¿no es este centrarse en su misión, conforme a lo que los Evangelios nos descubren de Jesús, lo que constituye su razón de ser? Auténtica mutación cuyos límites es vano señalar anticipadamente. Es muy de temer que las Iglesias no sepan hacer de sus miembros hombres suficientemente conscientes y libres como para ser buenos obreros del orden nuevo, necesario para el porvenir pero incapaz de ser instituido eficazmente sólo por medidas de gobierno. La crisis que viven las Iglesias desde hace bastantes decenios, y que aumentará mientras no se apliquen los remedios adecuados, es de una gravedad sin precedentes. De cómo salgan de ella depende el tipo de existencia que tengan en el futuro: o bien aisladas y cerradas en sí mismas, como sectas más o menos numerosas, o bien mensajeras de la religión en espíritu y en verdad, universal.

La modernidad plantea a la sociedad problemas considerables por los horizontes que las ciencias descubren, y por las consecuencias que sus soluciones implican y desarrollan conforme las técnicas progresan, se afinan y se conjugan. Un gran número de estas cuestiones son completamente nuevas. Algunas confieren dimensiones impensables a las viejas intuiciones –surgidas de apariencias, como era propio de entonces– de las que se nutrían las antiguas visiones del Mundo. Una lectura de las Escrituras, más espiritual que sacral y que se libere del fundamentalismo dominante del pasado, y una interpretación suficientemente libre de las doctrinas extraídas de dichas Escrituras, que, contrastadas con la aportación las ciencias humanas, ya no serían literalmente normativas, son el tipo de lectura y de interpretación que debería practicarse hoy en día, y no debería provocar grandes dificultades a las Iglesias en su encuentro con el Mundo y con su evolución, tan radicalmente ajena al universo mental que prevaleció en su pasado.

Sin embargo, desde el momento que las investigaciones modernas se interesan de forma especial por el “fenómeno humano”, y los descubrimientos científicos y las técnicas aplicadas a partir de ellos delimitan con más precisión el misterio del hombre aun sin llegar a negar que su existencia es incognoscible, y no sólo de hecho sino de derecho, todo esto pone en tela de juicio las fronteras que antaño delimitaban y protegían el campo donde reinaban, indiscutidas, las Iglesias que enseñaban con autoridad. El saber acerca del hombre crece sin cesar a expensas del de las creencias, que había permanecido casi sin cambios, hasta los tiempos modernos, bajo la protección de la autoridad divina. Hay que reconocer que, en este terreno, coexisten en desorden, pero haciendo buenas migas pues se sostienen mutuamente, y sin que se puedan discernir de forma definitiva y exhaustiva: las ignorancias todavía ineluctables, las supersticiones hasta ahora invencibles, las esperanzas viscerales –que, imposibles de desarraigar, ayudan casi necesariamente al hombre a vivir en unas condiciones con frecuencia insostenibles de otro modo– y, finalmente, todo lo que “los siglos de fe” y las tradiciones populares y doctas propalan y perpetúan a través de la historia.

La fe, en el mismo movimiento que la constituye esencialmente, garantiza que las adquisiciones de la ciencia nunca llegarán a reabsorber del todo el campo de las creencias ni siquiera a purificarlas, limpias de todo elemento adventicio. Sin embargo la crítica, que la misma fe nutre de vigor y de valor, realiza ahí un trabajo de poda capital cuyo límite es imposible establecer previamente si no se le quiere condenar, por ello, a ser irrisorio en sus resultados. Sólo la propia potencia de la fe puede proteger del vértigo que surge ante la amplitud de las consecuencias que podrían resultar de no poner coto a priori a las conclusiones de la crítica.

*Dificultad del retroceso de las Iglesias y del discernimiento
que éstas deben realizar continuamente*

En los tiempos modernos, las preguntas más delicadas –y también las más turbadoras– surgen, principalmente, en los confines de

lo humano, en las situaciones extremas. Nunca antes planteadas, atañen a las fronteras que unen la ontología y la ética. Estos problemas afectan al hombre de forma muy directa y también muy íntima, en especial en las horas cardinales de su existencia, cuando la decisión a tomar y la opción que hacer dependen, en última instancia, de la propia conciencia por más que una y otra estén preparadas por su pasado, consciente e inconsciente, por su herencia, próxima y remota, por las tradiciones de su entorno cultural y por las leyes, religiosas y no religiosas, de su medio. Así sucede en el proceso que recorre, desde la concepción al parto, el ser en vías de alcanzar el nivel de lo humano. En la actualidad, un cierto dominio de los mecanismos en juego permite organizar, de ordinario, el curso de ese proceso de manera que lo que es y lo que deviene no esté exclusivamente determinado por los automatismos, secretos y ciegos, de la naturaleza. Y lo mismo sucede a veces en el proceso que conduce a la muerte por enfermedad y por vejez, con su cortejo de sufrimientos físicos y de angustias psíquicas, los cuales, en sus fases extremas, sobrepasan inevitablemente lo insostenible hasta el punto de llevar al naufragio de lo humano. Ahí también se puede hoy intervenir lo suficiente como para que el final de la vida preserve su dimensión solemne de adiós.

Las técnicas que en la actualidad se pueden emplear, así como los pronósticos y las perspectivas que autorizan y conducen a recurrir a ellas, son la charnela que articula por un lado la práctica en el plano de la ética y por otro la doctrina en el de la ontología, cada una de ellas cuestionando gravemente el valor y la exactitud de la otra, aunque sólo sea de forma indirecta pues la primera sólo se refiere al caso particular, del que se ocupa y que, en su opinión, considera primero y exclusivo respecto de cualquier otra preocupación, mientras que la segunda se concentra en las opiniones generales, que, dentro de la óptica de la antropología adoptada, permiten poner en ejercicio, sin mengua ni defecto, todas las potencialidades humanas.

Difícil retroceso de las Iglesias ante el avance de la ciencia y de la técnica en terrenos que ellas, como el resto de religiones, habían sacralizado, y en los que, desde siempre y todavía ayer, reinaban sin

discusión, legislaban con minucia, instituyendo hábitos y costumbres con medios poderosos. Grande es su tentación de defender, palmo a palmo, sus posiciones anteriores, que eran unánimemente reconocidas hasta casi ahora. Sin embargo, seguir así sería, sin duda, en detrimento de la obra de interiorización y de crecimiento humano y espiritual que deben asumir, directamente ante sus miembros e indirectamente ante cualquier hombre, so pena de traición si no.

Difícil discernimiento entre el tesoro escondido, cuyo guardián deben ser, y todo lo que, pese a ser secundario y provenir de las condiciones contingentes de la historia, está íntimamente imbricado en su mensaje. ¿Acaso alguna vez este discernimiento podría ser completo y definitivo dado que lo accesorio, que con frecuencia es lo más visible, a muchos todavía les parece un añadido necesario a lo esencial, de manera que cae por su propio peso que no debe ser separado? Sin embargo, así fue ciertamente antes, cuando esta adición, que no se consideraba tal, se impuso, por lo general, con la misma categoría que lo principal. Y puede que incluso lo hiciese con más autoridad y poder que éste, cuyo reconocimiento y seguimiento siempre es más exigente, humana y espiritualmente.

Iniciativas a las que algunos cristianos son llamados y nueva mirada sobre la universalidad de la Iglesia en el futuro

A decir verdad, estos dogmas de segunda clase, tal como actualmente algunos se aventuran a considerarlos, más que creerse, se defienden. Muchos creyentes sólo piensan en ellos y hablan de ellos cuando alguien los impugna, lo que demuestra que apenas los viven. Así las cosas, estos dogmas de segunda clase más bien distraen de una verdadera búsqueda del tesoro, siempre e incesantemente necesaria si no se quiere perder el sentido del mismo y conservar tan sólo el cofre gastado por el uso. Estas propuestas doctrinales se saltan los pasos propios del itinerario del espíritu que se acerca al misterio del hombre, y sólo tienen el peso de la afectividad y de la intelectualidad que, subjetivamente, les atribuyen los que se apegan a dichas propuestas hasta el punto de vincularse ciegamente a ellas.

En medio de lo movedizo que caracteriza a la modernidad, lo que se esfuerza por permanecer fijo, a base de inmovilidad y no por estabilidad en medio del movimiento, se ve llevado, ineluctablemente, a separarse, encerrarse y encastillarse. ¿No es ésta la tentación de las Iglesias, en estos tiempos de rápida y poderosa evolución, ante la que se encuentran muy poco preparadas a causa de su pasado, en especial la Iglesia católica romana? ¿No se ha dado ésta a sí misma, a lo largo de los siglos, una constitución con la que se afana por protegerse al máximo de los cambios que podrían amenazar su inmutabilidad, de la que se jacta, y que, según ella, manifiesta la presencia y la acción de Dios en su gobierno y en su enseñanza? El espíritu que inspira y anima a sus miembros más fieles a mirar de ser afines a lo que Jesús tuvo que vivir, ¿será capaz de estar al menos un paso por adelante de la sensatez política que, sacralizada por la doctrina que la Iglesia se ha dado a sí misma, apela a una cierta infalibilidad? La fe en la misión de Jesús y la certeza de que ésta no puede fracasar definitivamente impiden dar una respuesta negativa a esta pregunta. No obstante, esta fe y esta certeza, por afirmativas que sean, dejan, al futuro de las Iglesias, abocado a un estado de diáspora que, visto desde fuera, durante mucho tiempo, podrá tener todo el aspecto de un cristianismo en fase terminal.

¿No incumbe a los cristianos que hayan captado suficientemente y por dentro la misión de Jesús en Israel preparar desde lejos, sin esperar verlo, el tiempo en que, a partir de esta diáspora quizá paradójicamente necesaria para la construcción del futuro, renacerá una Iglesia liberada de las estructuras que se dan a sí mismos los reinos terrenales? ¿Llegará a tener en el Mundo la autoridad humana que le concedería una unidad recuperada, fruto de la vida espiritual de sus miembros y no de su esfuerzo de unificación en torno a la adhesión a la doctrina y a la obediencia de la ley? ¿Aportará entonces a los hombres aquello que necesitan, de forma personal y absoluta, para que la ciencia no los lleve a la degeneración y a la muerte tras prometerles el paraíso aquí en la tierra? Por todas partes presente sin nunca imponerse por la fuerza ni seducir con sus complacencias; en todo

momento educadora paciente de la profundidad del hombre, y llamada incesante y renovada hacia su grandeza sin limitarla para nada en su devenir; una Iglesia así sería capaz de ser universal.